

LA PIEDRA DE LA GOMERA EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

Lacan distingue “la realidad” de “lo real”, definiendo la primera como el conjunto de las cosas tal y como son percibidas por el ser humano, y lo segundo como ese mismo conjunto pero con independencia de que sea o no observado por las personas. Me parece pertinente partir de esta distinción para tratar de la creación artística y de la promoción y difusión de la misma. Siguiendo el razonamiento del pensador francés, podríamos afirmar que lo real son el proceso y el producto artísticos –valiosos en sí mismos-, mientras que la realidad nos remitiría a la manera en que las obras llegan a ser conocidas y apreciadas por el público. Desde esta perspectiva, la labor de las instituciones públicas en lo que se refiere al desarrollo del arte como parte de la cultura de una comunidad, debiera abarcar dos aspectos fundamentales: generar un entorno sociocultural y ético en el que el artista pueda crear con libertad, y practicar una política de apoyo a la difusión de las obras resultantes de esa actividad.

La exposición del escultor Pedro Zamorano, que con el título *La Piedra y el Aire* se inauguró en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el pasado día 12 de septiembre y que permanecerá hasta el 22 de octubre, es la materialización de cuanto acabo de exponer. Sus esculturas, realizadas en piedras volcánicas de la isla, sugieren, a pequeña escala, las mismas impresiones que La Gomera: vértigo ante la inmensidad de la roca y del tiempo, perplejidad frente al orden incomprensible de la perfecta asimetría, escalofrío debido a la belleza inexpresable, temor –eso también- de que lo telúrico nos rebase, pasión por la vida que brota con intensidad sobre los huesos pétreos... En palabras de Francisco Jarauta, Comisario de la Exposición, “Cada una de ellas pertenece por igual a lo real y a lo soñado”.

En un océano Atlántico entendido como imaginario amplísimo, donde toda comunicación y todo descubrimiento son posibles, y formando parte del espacio insular de la Macaronesia en el que el archipiélago se cierra sobre sí mismo para irradiar formas de vida propias hacia el exterior, las islas Canarias han sido siempre un sitio proclive a despertar la imaginación de quienes las han visitado y, por tanto, un ámbito privilegiado para la creación artística. La isla, como concepto, es siempre periferia, pero nuestro archipiélago lo es también en

sentidos muy concretos: periferia cultural de Europa, geográfica de África, histórica y emocional de América. Hoy somos conscientes de que el extrarradio es un espacio genésico, capaz de exportar a los centros comúnmente reconocidos como tales creaciones y valores imprescindibles para las sociedades contemporáneas, necesitadas de la originalidad que sólo la mezcla de raigambre e innovación pueden ofrecer. Y dentro de Canarias, La Gomera constituye asimismo un extremo, adaptado hoy a la modernidad pero conservadora de valores atávicos. Pequeña, abrupta, geológicamente antigua, reserva de una naturaleza y unas tradiciones únicas. Es bien sabido desde la más remota antigüedad que en lo más lejano, extramuros del mundo cotidiano, se encontraban siempre los grandes tesoros. No es de extrañar, por tanto, que de La Gomera haya brotado una obra escultórica de estética precisa y misteriosa de una tierra que es toda ella misterio y belleza.

Por todo esto, y por el ideario expresado al principio de este artículo acerca de la función institucional respecto al universo artístico, debo señalar que ha sido para mí un placer colaborar, precisamente como parte de mis funciones en la Dirección General de Cooperación y Patrimonio Cultural, en la puesta marcha de la exposición *La Piedra y el Aire* en Madrid. Cuando un artista canario se da a conocer más allá de las fronteras de nuestra comunidad, toda Canarias viaja con él. Durante varias semanas, en el Círculo de Bellas Artes será posible percibir La Gomera como territorio excepcional de inspiración y materialización estética. Al fondo, en la sombra pero no por ello menos cierto, se encuentran unas actitudes ideológicas de consideración y apoyo al arte y sus creadores que se dan en Canarias porque así se ha decidido explícitamente por parte del Gobierno de la Comunidad. La validez de estos presupuestos queda demostrada, en este caso, por el éxito con que la exposición está siendo acogida en la capital del Reino.

No digo nada original si afirmo que el arte es uno de los grandes puentes trazados para unir a las personas, capaz de saltar por encima de lenguas, costumbres e incluso épocas. Pero el lema de Madrid dice que "fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son", por lo cual, una vez más, la poética y la plástica coinciden. Agua y fuego, constructores de unos muros madrileños que ya no existen, fueron los elementos hacedores de esa piedra de La Gomera que ahora puede verse en el centro de la Península, tan cerca de Canarias gracias a la escultura. Creo que todos debemos felicitarnos por esa proximidad y seguir trabajando para que el mismo proceso de comunicación se dé con muchos otros de nuestros artistas y en diferentes lugares del mundo. Recordemos que Canarias es un puente, cada día más largo y más firme, que une culturas y continentes.